

el problema de la datación del Pentateuco, cuya forma final es para el autor de una fecha tardía. Es de lamentar, finalmente, la ausencia de índices (nombres propios, citas bíblicas y rabínicas) que harían más cómoda su consulta, así como la bibliografía utilizada.

A. GARCÍA SANTOS

Antonio PIÑERO (ed.), *Orígenes del cristianismo. Antecedentes y primeros pasos* (Córdoba-Madrid, El Almendro - Univ. Complutense, 1991) 476 p. ISBN 84-86077-95-8.

El libro recoge los trabajos discutidos en el Curso de Verano de la Universidad Complutense de Madrid, celebrado en Almería en agosto de 1989. El editor, A. Piñero, expone en el prólogo el propósito y alcance de este libro: penetrar en las raíces cristianas que se han de buscar en el ámbito de ideas religiosas de la zona del Mediterráneo oriental en los siglos antes y después del nacimiento del cristianismo. La atención se centra en "el nacimiento de una nueva y vigorosa secta dentro del judaísmo... en un momento de efervescencia religiosa en la cuenca del Mediterráneo..." (p. 9). Se pone de relieve cómo el cristianismo fue "en buena medida, un fenómeno sincrético", hecho de aportaciones del judaísmo —la literatura veterotestamentaria y sus desarrollos hasta la literatura rabínica—, del helenismo —las filosofías platónica y estoica en particular— y de la gnosis, concebida ésta más como una atmósfera religiosa característica de la época que como una verdadera religión.

El editor ha llevado a cabo una verdadera labor editorial, al insertar entre las diversas colaboraciones toda una serie de notas editoriales, que dan unidad al conjunto del libro, que de otro modo, como suele suceder en las obras en colaboración, resultaría demasiado inconexo. Esta función la cumplen sobre todo las reflexiones "A modo de epílogo" sobre la pluralidad de enfoques manifestados en el mismo libro.

La primera parte del libro está dedicada al estudio de los "Antecedentes y condicionantes ideológicos" de los orígenes cristianos. Tras dibujar las circunstancias políticas, económicas y sociales, en las que se ha de enmarcar la predicación del Reino de Dios por Jesús, sin separación de religión y política (Shlomo Ben-Ami, "Palestina en el primer siglo de la era común"), se estudia el entorno religioso del cristianismo, primeramente el no judío, del cual el cristianismo pudo asimilar diversos materiales de la filosofía y de la religiosidad paganas (A. Piñero, "El marco religioso del cristianismo primitivo"), a través sobre todo de la mediación ejercida por la sinagoga helenística (José Montserrat, "El marco religioso del cristianismo primitivo"), y, seguidamente, el entorno judío, constituido básicamen-

te por el substrato bíblico veterotestamentario. A. Piñero ("La herencia de la Biblia hebrea. I") se pregunta a este respecto "qué ideas principales ejercieron mayor influjo y qué representaba el AT para los primeros cristianos; M. Pérez Fernández ("La herencia de la Biblia hebrea. II") expone, a través del caso paradigmático del evangelio de Marcos, cómo los cristianos valoraban y utilizaban el AT.

Los tres capítulos siguientes estudian el entronque de la figura de Jesús y de los orígenes cristianos en el pensamiento judío de la época, en relación con las sectas o grupos religiosos de la época: Aharon Oppenheimer, "Sectas judías en tiempos de Jesús: fariseos, saduceos, los 'amme ha-'aretz"; Yaakob Shavit, "Ex Qumran lux?": notas históricas y literarias sobre los manuscritos del mar Muerto y los orígenes del cristianismo". Es tajante la tesis de Shavit: "el cristianismo antiguo no es el descendiente de los esenios de Qumrán" (p. 141). A. Piñero añade dos apéndices: en el primero expone la tesis de Golb sobre el origen de la biblioteca qumránica, y en el segundo enumera las similitudes y las diferencias entre la comunidad de Qumrán y el cristianismo. Florentino García Martínez ("¿La apocalíptica judía como matriz de la teología cristiana?") procede a examinar de nuevo la tesis planteada por E. Kasemann, según la cual la matriz generadora de toda la teología cristiana fue la apocalíptica, entendida ésta como "la forma especial de escatología que trata del final de la historia", es decir, como la espera inminente de la parusía. Esta concepción de la apocalíptica es, según Florentino García, excesivamente estrecha, pues no tiene en cuenta el género literario de "apocalipsis" ni el contexto social en el que aparece el fenómeno del apocalipticismo; el autor señala cómo del pan-apocalipticismo de los años en los que se realizaron los descubrimientos de Qumrán y triunfaba en Europa la teología bultmaniana, se ha pasado, a partir de los años setenta, a la eliminación de la apocalíptica, quedando reducida ésta a un puro género literario, sin referencia apenas a los contenidos teológicos, que predominaban en los planteamientos de Kasemann. A. Piñero desarrolla seguidamente la cuestión de los "Elementos apocalípticos en el Nuevo Testamento".

En la segunda parte del libro, dedicada al estudio de los "Comienzos y evolución del cristianismo primitivo", Jesús Peláez ("Jesús y el reino de Dios. Las comunidades primitivas. El judeo-cristianismo") ofrece una síntesis del estado de la investigación histórica en torno a Jesús de Nazaret, su anuncio del reino-reinado de Dios y el nacimiento de las comunidades primitivas. Dionisio Mínguez ("Pablo de Tarso y el judaísmo de la diáspora") concluye con el siguiente interrogante: "¿no podríamos decir que el fundador del cristianismo no fue tanto un judío palestinese cuanto otro judío, y helenista? Tal vez, de Jesús haya venido la idea, la utopía; pero la categorización, la religión como sistema, es obra indiscutible de Pablo de Tarso". En esta contribución y en muchas observaciones a lo largo del libro se observa que la crítica sigue todavía muy marcada por los planteamientos de la escuela de Tubinga, que establecía una fuerte oposición entre helenismo y

judaísmo. M. Hengel y otros han contribuido a diseñar un panorama bastante más complejo, conforme al cual el judaísmo de la época estaba ya plenamente helenizado.

David A. Black, "El grupo de Juan. Helenismo y gnosis", concluye que "una aproximación puramente gnóstica a Juan queda hoy excluida"; no es necesario afirmar una dependencia de Juan respecto al gnosticismo (p. 321). Gonzalo Puente Ojea, "La evolución ideológica dentro del Nuevo Testamento", se plantea la tarea de explicar los cambios habidos en el cristianismo primitivo y los intereses que en los mismos subyacen. A. Piñero desarrolla seguidamente la cuestión de "Cómo y por qué se formó el Nuevo Testamento: el canon neotestamentario".

En una tercera parte, "A modo de epílogo", A. Piñero resume y ordena las diferentes aportaciones de este libro, especialmente en lo que se refiere al trasfondo judío y helenístico del NT, a la evolución ideológica del corpus neotestamentario y a la génesis de las ideas teológicas centrales del "grupo judío heterodoxo" que se transformó en religión cristiana. No es de extrañar que los autores expresen en ocasiones opiniones diferentes. Según J. Montserrat, "De un modo general, puede afirmarse que el tránsito del cristianismo del estado de secta judaica al de religión independiente se produjo, para la mayoría de los grupos, durante el primer tercio del siglo II" (p. 68). Según Yaakov Shavit, el cristianismo forma parte de la sociedad judía y se define conscientemente como parte de la misma "hasta el último cuarto del siglo I". Me inclino más por esta época como punto de separación entre la sinagoga y la iglesias, aunque la constitución de la iglesia y del canon neotestamentario, al igual que de la sinagoga y del canon misnaico, no se haga efectiva hasta mediados del s. II. En algunos apartados del libro se apunta una cuestión que la crítica no ha desarrollado apenas y que puede abrir nuevas pistas de estudio: la correspondencia existente entre las líneas por las que discurre la formación y transmisión de los libros de judíos y cristianos y los cauces de formación y difusión del judaísmo y del cristianismo. Los primeros escritos de los cristianos tenían todo el aspecto de ser unos textos más de la literatura judía, y el cristianismo parecía ser una secta más de las existentes en el judaísmo de la época anterior al año 70 d.C. Esta sola constatación resulta, sin embargo, insuficiente para explicar la relación de los cristianos con la literatura judía y con el judaísmo de la época. Desde el primer momento los cristianos acogieron y transmitieron como propios libros, textos e interpretaciones de los diferentes grupos judíos; el cristianismo incorporó también desde el principio adeptos de todos estos grupos: samaritanos, esenios, helenistas e incluso fariseos y saduceos y otros varios.

La investigación sobre los paralelos existentes entre el NT y Qumrán se ha centrado en el estudio de numerosas cuestiones de detalle. Sin embargo, si después de observar los árboles se trata de otear el bosque, es decir, si se comparan bibliotecas o colecciones de libros y no sólo versículos sueltos de unos libros y de otros, se divisan dos panoramas contrapuestos. El judaísmo fariseo, el grupo judío más abierto y dinámico, evoluciona, ya antes de la época de Yabneh, hacia el

establecimiento de un canon bíblico cerrado, excluyente de las obras declaradas "apócrifas" de otros grupos e incluso del propio grupo fariseo, y hacia la fijación de un texto bíblico único y de una tradición autorizada de interpretación oral, con exclusión o abandono de otras formas de texto bíblico y de las tradiciones de interpretación de otros grupos judíos. Por otra parte, el cristianismo aparece como un grupo marginal del judaísmo, que acoge, sin embargo, desde el primer momento todas las formas de texto bíblico (hebreas, arameas y griegas) y todas las obras y géneros literarios, que circulaban entre los diferentes grupos judíos, e integra en su seno a judíos adeptos de todas las tendencias y procedencias. Se puede decir que, antes de entrar en simbiosis con el vasto mundo grecorromano y de llevar a cabo todo un sincretismo de elementos judíos y paganos, el cristianismo operó una primera amalgama, no menos significativa, de todos los componentes literarios, sociorreligiosos y teológicos del judaísmo de la época. Sería conveniente evitar términos tan definitorios como los de "secta" y "ortodoxia"- "heterodoxia" para hablar de una época en la que no estaba constituido todavía un judaísmo rabínico "normativo" y cualquiera de las llamadas "sectas" podría haber triunfado o aspiraba al menos a ello.

En este libro se presentan y discuten muchos de los materiales que hoy sirven para reconstruir los orígenes del cristianismo. Estamos todavía en una época de acumulación incesante de nuevos datos, gracias a los descubrimientos de Qumrán y a otros muchos. Se echa de menos, sin embargo, una gran síntesis histórica, y teológica también, de los orígenes y raíces del cristianismo. Las síntesis de tiempos pasados resultan anacrónicas. Sería más grave tener que reconocer que lo que se echa de menos en nuestra época es la capacidad y la voluntad de lograr una síntesis, que permita ver el bosque por encima de los árboles.

J. TREBOLLE

Takashi ONUKI, *Gnosis und Stoa. Eine Untersuchung zum Apokryphon des Johannes* (NTOA 9; Freiburg Schweiz - Göttingen, Universitätsverlag-Vandenhoeck und Ruprecht, 1989) X + 196 p. ISBN 3-7278-0606-0 (UV) 3-525-53909-6 (VR).

La presente obra del exegeta japonés Takashi Onuki, con quien el que escribe esta recensión tuvo el gusto de coincidir en el *Oberseminar* del Prof. Dr. Rudolf Schnackenburg en los años 75/76 en Wurzburg, trata un tema apenas tocado por los investigadores de los escritos de Nag Hammadi: la reacción antiestoica del gnosticismo, concretamente del "Apócrifo de Juan" (AJ), en tono más o menos polémico. El AJ, que W. Till llama "el compendio de la doctrina gnóstica", se contiene en cuatro versiones, dos de las cuales son cortas (GB= <Papyrus>